



LA LECTURA POPULAR

Año XLVII

ORIHUELA 1 MARZO DE 1929

NUM. 1085

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

En el cofro de los filósofos

El Culto

Una dama más roja que blanca, sabidilla, colaboradora de periódicos anticlericales, ultrafeminista, discute, sobre prácticas religiosas, con un profesor católico, hombre culto...

La dama:—Soy creyente, pero no cultural.

El profesor:—Es decir: usted cree en Dios, pero no en su culto...

—Así como V. dice: no creo en el valor de los cultos: ¡nada de ritos y ceremonias!

—Entonces... ¿arrodillarse y darse golpes de pecho?

—¡Ah! está demás...

—¿Y quemar incienso en la presencia de Dios?

—¡Está demás...!

—¿Y entrar en los templos y orar vocalmente? ¿Y administrar los sacramentos?

—Todo, todo eso está de sobra, pues ¿qué falta hace a Dios ni incienso que lo ahume, ni velas que le den luz, ni genuflexiones, ni cantos, ni plegarias, ni rito ni, ceremonia alguna?

—Son honores, señora, que se exhiben a Dios en reconocimiento de su excelencia suma y del supremo dominio que tiene sobre todas las cosas internas y externas, espirituales y materiales.

—A Dios le basta con el honor interno...

—Pero exige también el externo...

—¡Eso es irracional!

—¿Qué hace usted, caballero?

—Quitarme la chaqueta que me estorba...; y los zapatos que me molestan.... No me tome V. por loco, no estoy loco... Ahora voy a encender esta tagarnina... No rechiste V., voy a cantarle unas coplillas que aprendí de unos gañanes...

—Pues si no es usted loco, es mal educado, grosero...

—Oh, señora mía, pero le tengo un gran respeto interno.

—No veo las muestras; el respeto interno se conoce por el externo: es su expresión, señor profesor.

—¿No decía usted, ahora mismo que el honor interno basta?

¿Que más da que yo proceda externamente como mal educado, si internamente la venero?

—Ah, señor profesor, no basta; yo exijo a V. que proceda externamente como internamente...

—Bien, señora. Pero entonces no niegue V. a Dios, lo que para sí misma exige. Como a V. no le basta el respeto interno, a Dios tampoco le basta el honor interno; y como V. exige el respeto externo, Dios exige también el culto externo...

Las genuflexiones, el incienso, los cantos, los golpes de pecho, la oración vocal son cuestión de decencia externa, de educación para con Dios.

L. Almarcha

Cuadros del Cine

Primer cuadro:

Ese orador, seco, desgrefado, zarzapastroso, chillón, que predica a esas masas hambrientas, es un bol-

chevique que pide la supresión de la propiedad individual...

Esos campos dilatados, amplísimos, sábanas inmensas desplegadas a vuestra vista son las tierras rusas de pare llevar...

Mirad... El orador apunta a ellas con el índice extendido como punta de espada...

—¡Esas riquezas, exclama, creadas con el sudor de vuestra frente, os pertenecen!: ¡la propiedad al Estado; el fruto a vosotros!

La masa aplaude, aplaude con furia; el estruendo del aplauso parece el rugido del mar agitado. En ese aplauso se esconde la tempestad...

En este otro cuadro la tempestad ha roto ya el freno. La revolución pasa sobre los campos rusos como un ciclón. Las instituciones seculares son arrancadas y barridas.

Mirad aquellos que corren... Huyen... A unos los alcanzan y los matan... Son las cabezas que hiere el rayo. Otros logran trasponer, jadeantes, semimuertos, las fronteras... Son las astillas que la tempestad arroja a la playa...

Son los dueños de aquellos campos; los señores de aquellas tierras; las víctimas de la violencia revolucionaria que, además de sus propiedades han perdido o la vida o la libertad; o si han conversado la libertad y la vida ha sido para desposarse con la miseria y con el destierro...

.....

Han pasado unos años...

Este nuevo cuadro representa una escena ocurrida en la rusa Minsk...

Los campesinos vuelven de sus tareas agrícolas... Ya es de cada uno el pedazo de tierra soñado... Ya no se acuerdan de su antiguo odio a la propiedad... Ya ansían aumentar el número de sus hectáreas... Ya piensan en la compra de lo tuyo para que sea mío...

El Presidente del Soviet ha convocado a sesión...

Es el mismo orador de antaño, menos flaco y menos zarrapastroso y menos despeinado que entonces... No es su oratoria ya la de un revolucionario; es la de un empleado del Estado; la de un recaudador de contribuciones; la de un gerente de gran Sociedad...

—Disponéis de las tierras, les dice, como si fueran vuestras... No hay más que un propietario: la nación; no hay más que un administrador: el presidente del Soviet. ¡La tierra no es vuestra! ¡Devolvedla a su Señor: el Estado, y a su administrador: el Soviet!

El hecho es histórico. Los aldeanos, furiosos porque les van a arrebatar lo que creen suyo, asaltan el estrado; derriban al orador; se apoderan de él; lo arrastran y lo arrojan a un pozo y lo sepultan....

Es el entierro del comunismo...: entierro laico...

El que a hierro mata a hierro muere...

L. A.

La tristeza de Herriot

Herriot, el jefe radical francés, está triste.

No duerme. Ni las brumas de Lyon; ni el rumor de los ríos que ciñen la ciudad consiguen entornar los párpados del alcalde-exministro.

Herriot tiene una herida profunda en su corazón: herida de pena que le hace llorar.

¿Qué pena es la de Herriot?

Lo ha dicho él.

«El laicismo, ha exclamado, está en peligro.»

Y este peligro consterna a Herriot.

Y lo peor es, continúa el jefe radical, que «la opinión pública se desinteresa de esa realidad.»

¡La opinión no hace ya caso del laicismo!

¡La opinión no sufre, ni se altera, ni se preocupa por el peligro de muerte del laicismo!

¡Qué crueldad!

¡Es para estar triste!

¿Qué significa que el laicismo está en peligro de muerte?

Significa que Dios vuelve a Francia.

El laicismo era el destierro de Dios de las leyes francesas, de las escuelas y universidades francesas; de los edificios públicos franceses; de la vía pública...; de todas partes.

Y Dios vuelve a Francia; es decir: no se había ido, pero lo habían arrinconado... Y ahora sale de todos los rincones donde lo suponían muerto— ¡Dios no muere!—sale y lo llena todo...

—¿Qué han hecho esos setenta mil maestros laicos que hemos extendido por toda Francia? dicen los radicales.

—¡Predican el comunismo! Los radicales franceses llevaron a la escuela, maestros laicos para acabar con la idea religiosa, y los maestros laicos se han dedicado a predicar contra la propiedad de los bienes... aunque sean de los radicales.

Herriot y compañía quieren resucitar el fetiche del laicismo, pero la opinión no les hace caso.

La opinión no ve más que de una parte a Cristo con las virtudes cristianas y de otra a Lucifer con su ejército de destrucción y de desorden.

La opinión desprecia a los que la engañaron; desprecia a Herriot...

El fetiche del laicismo, muere como el liberalismo: en el desprecio...

Ya puede Herriot comprar pañuelos en las sederías de Lyon, porque va a tener que llorar un rato largo...

A. Hernán

El tiempo es el gran auxiliar de Dios.

CASOS Y COSAS

No se habla más que de la Ciudad Vaticana. La cuestión romana sigue siendo la cuestión del día. El Papa lo llena todo.

¡Cómo han cambiado los tiempos!

¡Los tiempos de la revolución!

¡La Iglesia no ha cambiado!

—¡La brecha abierta en la Porta Pia es el comienzo del derrumbamiento del Pontificado!

Así habló el Infierno hace cincuenta y nueve años.

—¡Non praevalent!.. ¡No prevalecerán las puertas del Infierno contra las de la Iglesia! contestó Pío IX.

¡Jesucristo—Rey lo había prometido!

¡Y se ha cumplido la palabra de Dios!

Las puertas del Infierno no han prevalecido contra las de la Iglesia.

Abiertas están plenamente.

La revolución impía las empujó, y cincuenta y nueve años ha estado haciendo presión sobre ellas, y al cabo de tantos años, aparta de ellas sus manos y sus hombros, reconociendo que esas puertas no hay quien las cierre...

—¡Tenlas abiertas! dicen ahora al Pontífice. Te reconocemos el derecho a tenerlas abiertas y nosotros mismos nos constituimos en auxiliares tuyos para que sigan abiertas. Acéptanos como garantía de la libertad de la Iglesia y de la Ciudad Vaticana...

—Nuestras garantías, ha contestado el Pontífice en palabras bellísimas y sapientísimas en su discurso a los predicadores y párrocos de Roma, están en la justicia y en la conciencia del pueblo italiano; pero sobre todo en la promesa de la asistencia divina a la Iglesia y al Vicario de Jesucristo.

—¡Tu no eres Rey! dijeron a Pío IX.

—¡Yo soy Rey! contestó Pío IX.

—¡Tu no eres Rey! dijeron así mismo a León XIII.

—¡Yo soy Rey!, contestó León XIII.

—¡Tu no eres Rey! dijeron a Pío X.

—¡Yo soy Rey! contestó Pío X.

—¡Tu no eres Rey! dijeron a Benedito XV.

—¡Yo soy Rey! contestó Benedito XV.

—¡Tú no eres Rey! dijeron a Pío XI al venir al Pontificado.

Y Pío XI hace siete años que está diciendo:

—¡Yo soy Rey!

La diplomacia del mundo se ha inclinado al fin y ha dicho.

—En verdad, en verdad que tú eres Rey...

—Soy Rey como lo fueron mis antecesores; como lo serán mis sucesores; no importa si en las Catacumbas o en el Capitolio; en el Monte Vaticano u otra vez en las Catacumbas...

—¿Y que Reino es ese, oh Pontífice, el que ahora te reconocen: un pañuelo de tierra que el menor vendabal podrá arrebatarte?

—Es pequeño ¿pero es que mi fuerza es de las armas?

Los caminos de Dios son admirables. El Papa estará siempre entregado en manos de Dios. Cristo rogó por Pedro y por sus sucesores.

Y unas veces el Papa tiene por Reino la cárcel Mamertina como Pedro; otras una corte esplendorosa como Julio II; otras una prisión como Pío VI cautivo de Napoleón y otras sus mismos Palacios; otras la Ciudad Vaticana; pero donde quiera esté el Papa es Soberano a quien Dios protege con fuerzas más poderosas que las de todos los ejércitos de tierra, mar y aire.

¿Que este Reino de ahora es pequeño? ¡No!

Es el más grande del mundo «porque en él está la columnata de Bernini, la cúpula de Miguel Angel, tesoros de ciencia en las bibliotecas, tesoros de arte en los museos y en las galerías y además está la tumba del Príncipe de los Apóstoles.»

Y está Jesucristo hasta la consumación de los siglos.

A. H.

La Santa Cuaresma

¿Eres católico, lector? ¿sí o no?

Si no lo eres, no hablo contigo en este día: suéltame y vete a otro asunto. Mas si lo eres, si aún retienes algo de tu verdadera religión, si no te has atrevido aun a renegar de la fe de tu Bautismo, leeme bien, medítame, y luego haz lo que te dicte tu conciencia católica.

¿Qué viene a ser la Santa Cuaresma? Nunca tal vez te has hecho en tu vida esta pregunta. Acostumbrado a oír tal palabra y a pasar este tiempo como el restante del año, jamás paraste la atención en saber por qué razón hay en el decurso de él una temporada que se llame así. Voy a explicártelo tan sencillamente y al mismo tiempo tan exactamente como pueda.

El alma necesita, como el cuerpo, restablecer de vez en cuando sus fuerzas gastadas. El combate de cada día la trae fatigada, y es necesario alentarla. O bien la indiferencia y la rutina la traen como adormecida, y es necesario despertarla. O bien el contacto con las miserias de la tierra en que vive encenegada la han puesto sucia, y es necesario limpiarla.

Para todo esto es necesaria la santa Cuaresma.

Para los dormidos y descuidados; que necesitan quien los despierte con el trueno de las amenazas de Dios.

Para los desdichados hundidos en el cieno de asquerosas maldades, que necesitan ser purificados.

Para los buenos a quienes el cansancio podría hacer desfallecer; y que necesitan ser sostenidos.

No sé si me equivoco, pero creo que esto es todo lo que el hombre necesita en cuanto a su espíritu, y creo que a todo esto satisface cumplidamente la santa Cuaresma. Para ello tiene establecidas la Iglesia tres prácticas importantísimas.

La predicación de la divina palabra.

La confesión de las culpas y la Comunión pascual.

Las mortificaciones por medio del ayuno y abstinencia.

La predicación para sacudir el sueño a los dormidos.

La confesión para purificar de sus culpas a los sucios.

La mortificación para sostener en la virtud a los vacilantes.

La moda mala

Predicaba la cuaresma en la corte de Felipe II un santo religioso Franciscano. Al acabar sus sermones le dijo el Rey. "¿Cómo se las ha arreglado su Paternidad, que sin profertir ni una sola palabra contra los escotes, ha logrado que mi Corte se reforme por completo en sus trajes?"

"Majestad, respondió el santo religioso. Yo he procurado encender en las almas el amor a Jesús, y cuando entra esta santa llama, se sale del corazón el afecto a las liviandades de la tierra."

He aquí el gran remedio contra las modas. Infundid el amor a Jesús, y con él vendrá el amor a la modestia, y entonces fácilmente comprenderán los fieles que no puede haber alianza entre Dios y el mundo; y que si uno quiere salvarse no hay más remedio que renunciar al uno y seguir al otro. Ese amor íntimo y verdadero a Jesús hará abrir los ojos a tantas almas que desgraciadamente están ciegas, y comprenderán qué horrible y detestable cosa es ser causa u ocasión de que por su vestir, su andar, su mirar, su sentarse, su bromearse y su bailar, haya tantos que pequen y que tal vez se condenen para siempre...

Si es verdad que el hombre es el más hermoso de los animales, que luzca enhorabuena su hermosura física, y deseche la modestia como trabajo inútil y enojosa. Pero si sobre la hermosura física brilla el resplandor de un alma inmortal, lamada a la visión de Dios; si por esta alma dió Jesús su vida, lógico es conservar en nosotros este divino resplandor, aun con sacrificio de la hermosura física.

El mundo no alcanza a comprender ni lo que una recta y buena conciencia condena como pecado, ni las delicadezas de la modestia cristiana; natural es que se rebele contra ella; pero muy lógico es también que el cristiano se rebele contra las imposiciones del mundo. Un discípulo del Crucificado no puede vivir como un adorador de Venus.

Tachan al catolicismo de enemigo del cuerpo y de la hermosura física.

El número próximo lo dedicaremos a S. José.

Lea y propague el número próximo.

¡Ca'mnia! Nadie más que la Iglesia respeta y sublima el cuerpo humano, al cual aun después de muerto, mira ella como una cosa sagrada, San Pablo nos enseña que somos miembros de Jesús y templos del Espíritu Santo. He aquí porqué es una profanación emplear nuestro cuerpo para la vanidad. Mirada con esta luz sobrenatural, la modestia, es decir, el respeto al cuerpo humano, adquiere importancia capital en la vida cristiana.

Más que los anatemas lanzados contra las modas, estas grandes ideas, este respeto religioso al cuerpo, por razón de la importancia que tiene en el orden de la gracia, son muy poderosos para imponer un freno a las modas indecentes, como todos los buenos y sensatos tan ardentemente lo desean.

Ecós misionales

Capullo Africano

Era un muchacho de diez años. Sus padres eran cismáticos: su padre sobre todo no podía ver ni de lejos a la Religión Católica... Pero él, el muchacho, conversaba con otros chicos católicos, cuando apacentaba las cabras; y poco a poco, debió al contacto con sus compañeros, vino ocultamente al Catolicismo que lo hacíamos en la capilla.

Lo supo su padre; y saberlo y ponerse furioso de rabia todo fué uno. Una noche llamó al niño (a su hijo) y le dice y ordena que no tenga más tratos con gente católica, añadiendo, que si lo volvía a ver con esa gente, lo haría ahorear.

El muchacho no le hizo caso: muy tranquilo seguía el mismo camino.

Unos días más tarde, después de cenar tomó su padre una cuerda, se la ató al cuello del niño, haciéndola pasar por una viga del techo, y hecho esto, le habló así:

—¡Prométeme que jamás te harás católico por nada del mundo!

—¡Ah, no, padre; no es lo prometol
Y tiró el mal padre de la cuerda.

Durante algunos minutos el cuerpo se balanceó en el aire.

Bajó el niño, pero ya medio muerto, y le volvió a decir su padre:

—¡Vamos! dí: ¿todavía quieres ser católico?

—¡Sí, padre, sí!

Y de nuevo el padre perverso tiró

de la cuerda, sosteniéndola por más tiempo.

—¿Y todavía quieres serlo?

—Sí, sí.

—¡Mira que ya no tendré más miramiento: di que no, o te matol

—Pues ya podéis matarme.

—Pero ¿y así dices estimarme?

—¡Padre, ¡ay!, os amo; pero más amo a mi alma!

Rabiando su padre, vencido por el heroísmo de su hijo, salió del aposento, dejándole, para que pasase allí la noche, su manta de piel de carnero.

El valiente muchacho se hizo católico y murió.

También la muerte hi'ió a su padre con el flagelo del tifuz y del remordimiento poco después y murió.

¡Dios los haya perdonad!

¡Creo en el Papa!

Este acto de fe debe considerarlo como FUNDAMENTAL el cristiano de nuestros tiempos..

» Creer en el Papa expresa más que cree en la Iglesia; más que creer en la divinidad de JESUCRISTO, más que creer en la misma existencia de Dios, porque en breve y sencilla fórmula abarca todo eso sin género alguno de restricción.

» Hay quien cree en Dios, sin ser católico, quedándose en ser un pobre deista.

» Hay quien cree en JESUCRISTO, sin ser católico, quedándose infeliz protestante.

Hay quien cree en la Iglesia, sin ser católico, quedándose miserable cismático.

El verdadero católico, con creer en el Papa, cree todo lo que como católico debe creer; porque el Papa es Papa porque la Iglesia es divina; y la Iglesia es divina porque fué fundada por Cristo, Hijo eterno de Dios vivo.

» Creer en el Papa es, pues, creer en la Iglesia, creer en JESUCRISTO, creer en Dios...» *Sordá y Salsany*

Recuerdos del Papa Prisionero

Un Padre Nuestro de Pío IX

Esto es rigurosamente histórico.

Lo refiere Mr. Grenier.

Es un rasgo de bondad, de caridad

ardentísima, que revela la hermosa alma de aquel santo Pontífice de la Inmaculada y de las amerosas intransigencias.

En 1860, dos franceses habían pedido audiencia a Su Santidad Pío IX, que con el mayor agrado les fue concedida.

Con ellos acudió al Vaticano un su compatriota, joven y.... librepensador.

Recibióles el Papa, y terminada la audiencia preguntóles, como es costumbre, si tenían algo que pedirle, y entonces le presentaron para que les bendijese, algunos devotos rosarios y medallas, y le rogaron algún recuerdo de aquella filial visita; solamente el joven librepensador permaneció mudo, sin pedir ni rogar nada al Romano Pontífice.

Llamó la atención a Pío IX aquel arrogante silencio y, dando un paso hacia el joven le dijo:

—¿Y vos, hijo mío, nada tenéis que pedirme?

—Nada—replicó el tan amablemente interpelado.

—¿Nada, hijo mío? ¿estáis seguro de ello?

—Nada, Santidad.

—¿Tenéis padre aún?

—¡Sí, por cierto!

—¿Y madre?

—¡Ah, no! Mi madre ha muerto.

—Pues bien, hijo mío; si nada tenéis que pedirme, yo tengo algo que pedirlos.

Aquel joven francés está profundamente abserro,

—Hijo mío—añadió Pío IX—tengo que pedirlos la merced de que recéis un *Padrenuestro* y un *Avemaría* por el alma de vuestra madre. ¿Tenéis inconveniente en arrodillaros conmigo?

Y en el instante cayó de rodillas el Vicario de Cristo y a su lado el joven librepensador, y en torno de ellos todos los circustantes, visiblemente emocionados con la sublimidad de aquella ternísima escena.

La voz dulcísima de Su Santidad recitó las sagradas oraciones, que todos contestaron. Al levantarse, después de recibir la Bendición Papal, el joven librepensador tenía el rostro inundado por las lágrimas y a duras penas podía contener los sollozos.

¡Un alma más había sido ganada en el mundo para Cristo, Rey de las almas!

Fig. "La Lectura Popular". Original.